

que Alemania Occidental no haya reconocido a China Roja es que el gobierno de Bonn no desea desagradar a su aliado más importante, Estados Unidos. Un experto hindú sostiene que China Comunista hará esfuerzos por mantener buenas relaciones en Asia, pero que tendrá dificultades con India y Japón si ninguno de ambos países desarrolla una fuerza nuclear en el futuro cercano.

Este libro no puede ser considerado como una interpretación objetiva del caso chino. Más bien resulta ser una útil combinación de consideraciones teóricas y de opiniones y experiencias personales. El problema con esta obra, al igual que con la mayoría de registros oficiales de una Conferencia, es que resulta repetitiva y que subestima la inteligencia de sus lectores hasta el punto de producir desconcierto. No obstante sus faltas, el libro es útil debido a que restablece hechos conocidos agregando especulaciones sobre el futuro con una perspectiva de los años setenta. En opinión de este comentarista, las interpretaciones más interesantes resultan ser las de los expertos extranjeros. Enjuiciándolo como un todo, por lo tanto, el libro pretende adoptar una nueva perspectiva en relación con el caso chino, pero sin llegar a conseguirlo plenamente.

ELISABETH E. BRAUN

(Traducción del inglés de Raúl Morales)

ALVIN Z. RUBINSTEIN, *Yugoslavia and the Nonaligned World*. Princeton, N. J. Princeton University Press, 1970. 353 pp.

Este libro ofrece un agudo estudio del destacado papel desempeñado por Yugoslavia, una nación europea unida al comunismo, en el surgimiento, dentro de la escena internacional de posguerra, de un "Tercer Mundo" predominantemente afro-asiático. Aún durante el inicio de la guerra de Corea, Belgrado consideraba que la India de Nehru estaba subordinada a los intereses británicos y norteamericanos; culpaba a la ONU de la eliminación del Partido Comunista Birmano —"el verdadero líder del movimiento revolucionario"— y acusaba a Sukarno y Hatta de convertir a la República de Indonesia en un "Estado fascista". Sólo el intenso sentimiento de inseguridad generado por la guerra de Corea, las deliberaciones y maniobras diplomáticas en el seno de las Naciones Unidas, y los íntimos y extensos contactos yugoslavos con los delegados de las nuevas naciones, hicieron que Belgrado abandonara gradualmente sus inhibiciones ideológicas. Los yugoslavos percibieron que, al contrario de lo que sostenía Stalin, muchas de las nuevas naciones que estaban fuera del control de las potencias coloniales compartían también el deseo de mantener la independencia nacional, la autodeterminación y la igualdad. Amenazada desde el Este y manteniendo relaciones incómodas con el Oeste, tal percepción abrió nuevas perspectivas para Yugoslavia. En el interés compartido de las nuevas naciones en relación con los grandes problemas de la guerra, la paz y la supervivencia, Yugoslavia encontró una salida factible y honorable para su mortificante dilema. Lo que es más, el gobierno yugoslavo encontró una política internacional verdaderamente "nacional" en su firme adhesión al principio de no-alineación, lo que contribuyó al

desarrollo de la unidad nacional, venció el aislamiento psicológico derivado de su expulsión de la Cominform, y dio al pueblo un sentido de orgullo y de confianza en el futuro. De esa manera terminó lo que los mismos yugoslavos llaman el "período dogmático", durante el cual percibían los acontecimientos internacionales "sólo en términos del conflicto entre capitalismo y comunismo, entre Este y Oeste". La Yugoslavia no-alineada llegó a ver los acontecimientos mundiales "en términos de conflicto Norte-Sur, de sociedades desarrolladas frente a sociedades subdesarrolladas".

De especial importancia resulta para los politólogos el análisis y evaluación que hace Rubinstein de las contribuciones de Tito a la teoría y la práctica de la no-alineación. El concepto de no-alineación ya estaba en la atmósfera cuando apareció Tito en el escenario mundial. Pero habiendo descubierto en la no-alineación "una feliz combinación de factibilidad y pertinencia", Tito le imprimió dinamismo y resolución. En su opinión "la política de no-alineación está basada en el supuesto de que el mundo está cambiando continuamente y la paz no es algo estático que pueda ser obtenido mediante la preservación del *statu quo*". La paz requiere de una batalla incesante contra las condiciones de que se nutre la guerra. "La no-alineación [dice alguien que ha estado asociado con Tito por largo tiempo] no es la esencia de su política: la esencia es la lucha activa por la consecución de un nuevo esquema de relaciones internacionales". Aquella no se ha concebido como una política de resistencia pasiva contra la división del mundo. Operacionalmente, como lo señala Ales Bebler, "la principal meta de la política de no-alineación es la cooperación internacional fuera de los bloques. Los esfuerzos en esta dirección pueden conducir a una actitud que a veces deviene cercana a, o aún coincide con, la de algunos países incluidos o no incluidos en cualquiera de los bloques, dependiendo del carácter del asunto discutido".

También resultan significativos los puntos de vista de Tito sobre un concepto relacionado: la coexistencia pacífica, a la que considera como "un proceso dinámico y progresivo dentro del cual debe alcanzarse el relajamiento de las tensiones, la eliminación gradual de los bloques". Visto de esa manera, la coexistencia no es un asunto de táctica, ni implica una coexistencia permanente de los bloques. Tito concibe la coexistencia como una política esencialmente contraria a los bloques. Esta interpretación lo ha puesto frecuentemente en conflicto con los soviéticos, quienes consideran a la política de bloques como elemento esencial para la preservación de su posición internacional. El conflicto chino-soviético, empero, ha tenido el efecto de desplazar a Moscú hacia una posición más cercana a la de Belgrado, aunque no por completo. La intervención soviética en Checoslovaquia constituyó un súbito recordatorio de que Moscú aún le asigna un alto rango a la solidaridad del bloque.

India, Yugoslavia, Egipto e Indonesia son igualmente países no-alineados, aunque no exactamente por las mismas razones. En opinión de Rubinstein, Nehru "buscó asignar a la India el papel de una gran potencia *de facto*, mediando entre el Este y el Oeste". Tito, por otro lado, "aspira a servir de vínculo entre el campo soviético y los países no-alineados... y a organizar la gran coalición de fuerzas 'socialistas'

y 'progresistas' ". Además, Tito consideraba su amistad con el Egipto de Nasser como un elemento importante para mantener influencia sobre los países no-alineados. Al mismo tiempo, mientras que Tito es un "internacionalista" que debe su *statu* en el escenario mundial mayormente a su posición de no-alineación, Nasser era un "regionalista", estaba preocupado por el Pan-arabismo, y veía la no-alineación "fundamentalmente en términos de su utilidad para el avance de sus metas en el mundo árabe". Las consideraciones de Sukarno en relación con la no-alineación son muy distintas de las de Tito. Mientras que el primero predicó la exclusividad fundada en lazos raciales y étnicos, una imperdonable batalla contra los "reaccionarios" y el Oeste, y la creación de una nueva organización militante de países afro-asiáticos fuera de la estructura de las Naciones Unidas; el último predicó la no-alineación, la coexistencia activa y pacífica, y la cooperación internacional a través de la organización mundial.

Rubinstein sostiene que Tito fue el primero entre los dirigentes de las naciones no-alineadas en percibir los peligros que subyacían en la postura militante y aventurera de China. Yugoslavia se convirtió en un crítico de China en un momento en que India aún mantenía relaciones cordiales con ella. Esta teoría, empero, no explica el retraso de Belgrado al criticar el ataque chino a la India en octubre de 1962.

Finalmente, queda la cuestión del futuro de la no-alineación en un mundo que cambia rápidamente. Aparte del hecho de que la guerra fría y sus alianzas constituyen ahora "sombras de cosas que fueron", se está dando, entre los países no-alineados, una creciente toma de conciencia de los desacuerdos básicos en cuanto a propósitos, prioridades y procedimientos. La principal meta de la no-alineación, es decir la democratización de las relaciones internacionales, aún tiene validez, especialmente para las naciones pequeñas. Sin embargo, son pocos los pilares de que se dispone para construir una comunidad internacional democrática. La no-alineación no puede prosperar sobre la base de economías inestables de estructuras socio-políticas no-viables y de la persistente dependencia económica respecto de las naciones desarrolladas. En tales circunstancias, el mundo no-alineado tiende a ser cada vez más plural; y la tendencia probable del futuro parece ser el regionalismo y no el internacionalismo.

Ni siquiera resultaría necesario agregar que este estudio amerita ser leído tanto por los formuladores de política como por los estudiantes de la política internacional.

M. S. AGWANI

*Universidad de Jawaharlal Nehru*  
(Traducción del inglés de Raúl Morales)